

Bosquejos locales

Antonio Espí.

Llamó el maestro: Camps, Carpinell, Vidal... ven gan ustedes conmigo. Salimos del Colegio, atravesamos la carretera, y nos acompañó a la casa de enfrente, a la que años más tarde fué iglesia de Montserrat. Allí, en un cuarto interior destartelado, empezó por ponderarnos los estudios matemáticos, y luego nos entregó unos «Elementos de Álgebra.» No fueron muchas las lecciones que de esta ciencia nos explicó. Preocupaba ya la guerra carlista, y Espí se largó de Granollers. Pasaron años, y de mis profesores, Espí, por el poco tiempo de haber con él convivido, era el único que recordaba vagamente. Un día el que entonces figuraba como mi entrañable y fiel amigo, y después se ha convertido en sañudo y pertinaz enemigo, el Sr. Garrell, me anuncia la llegada de mi antiguo profesor y más tarde me presenta al mismo con calurosos elogios por mis estudios y pronunciamientos favorables a mi persona, algo diferente de lo que hoy acostumbra.

Distinguíome en seguida Espí con su amistad, alentóme á que perseverara en mis aficiones, y me encariñé con él.

Hacía tiempo que en mi lista de seres queridos su nombre figuraba con una cruz; no la que uno pone al amigo desleal para borrarle de nuestra amistad, sino la cruz del presentimiento al convencernos de la próxima visita de la muerte devoradora.

Camino del cementerio iba yo solo, y no muy distante rodaba el carruaje que le conducía á la última morada. Siguiendo al cadáver del amigo y del maestro, sentía mi alma invadida por vagas melancolías y hondas tristezas. Y la memoria desdoblábase removida por los recuerdos del muerto.

Volvíale á ver con su aspecto de vencido en las luchas de la vida. Me lo figuraba como una especie de Job, si bien este continuamente gemía, y Espí, las penas, las desdichas que han amargado su vida se las tragaba.

Fué de los escogidos por el infortunio y cebóse en él sin merecerlo.

Con un carácter batallador tenía el triunfo asegurado. De no arredrarse figurara en las primeras

filas, y de no ser tan modesto se hubiera seguramente abierto paso, y colocado en el puesto que por sus merecimientos le correspondía. Contaba con basa para ello: un cerebro excelente, una instrucción sólida y fundamentada.

Pero Espí era un escéptico; digo mal, era un hombre que la experiencia le había enseñado mucho.

Escéptico en el verdadero sentido de la palabra, no podía serlo quien como el tenía cariño sin límites para su familia y contaba con muchas y buenas amistades.

Pacífico por temperamento y por costumbre, justiciero porque valía, su lema era la verdad, la sinceridad su compañera.

Podía figurar entre los desinteresados. Creo que muchas de las adversidades sufridas debíalo á la nobleza de su alma, pues no calculaba lo que el saldría ganando sino lo que otros podrían perder. Prefirió ser el sacrificado á que otros por causa suya, aunque fuese justa, sufrieren la más pequeña contrariedad. De vivir en otras épocas, su manera de ser de mucho le hubiera valido; en la nuestra, los generosos, los nobles, los honrados, las personas dignas merecedoras de que las trompetas de la fama trompetearan sus virtudes y sus acciones meritorias fuesen galardonadas, obtienen el premio que se ha llevado Espí: la obscuridad y el silencio por un lado, y por otro, el desagrado, la ingratitud y la más negra injusticia.

Era un talento bien equilibrado, un escritor distinguido, y sobre todo, un maestro incomparable. En esto no tenía precio.

Desde muy joven su vocación le llamó al profesorado, y á esta noble carrera dedicó toda su vida. Aquí empezó á ejercerla, aquí retornó después de algunos años de ausencia y aquí le ha puesto conclusión definitiva.

Tenía para el magisterio docilidad extremada, mucha paciencia, y era muy atento con sus alumnos.

Cuando los discípulos se le insubordinaban, que los estudiantes al más pintado se la pegan, de atreverse hubiera huído no por miedo, sino por no mostrarse enfadado, por repugnarle el rigorismo.

Con su presencia dominaba la clase; su gravedad amilanaba; su melancolía tenía mucho de seductora; su bondad rendía y desarmaba á los discípulos revolucionarios.

Como trabajador era incansable. Enseñaba siempre ó aprendía. No era de los que en teniendo el tí-